

PARALELOS ENTRE LOS SENTIMIENTOS GALLEGOS Y GALESES DE LA SAUDADE/HIRAETH: UN ESPEJO CELTICO DE LA NEUROSIS ROSALIANA

ROBERT G. HAVARD

University of Wales

Para justificar el exotismo de mi tema es forzoso que comience con una nota personal, y es la siguiente: cuando leí la poesía de Rosalía de Castro por primera vez, a pesar de ser un estudiante extranjero que sabía poco de España y menos de Galicia, experimenté una sensación tan fuerte de familiaridad, de afinidad y hasta, cabe decir, de entendimiento instintivo, que, más bien que extranjero y ajeno, sentí como si estuviera en casa, como si, volviendo las páginas de *En las orillas del Sar*, mirara los paisajes de mi propia tierra. Fenómeno curiosísimo: esos pinos que iban subiendo en ondas hacia el cielo y esos montes donde descendía la bruma tan mansamente parecían tener más sentido para mí que para mi tutor de español de esos días, un zaragozano muy inteligente. Esas plantas y esas fuentes que sí hablaban, me hablaban más a mí, y, aunque suene egoísta, en cuanto a ese tema de 'yo no sé lo que busco, pero es algo / que perdí', parecía que donde él veía vaguedades yo veía precisiones. 'Esto es lógico', me dijo el buen aragonés con cierta frustración, 'ella es gallega y tú eres galés; sois —¿qué sé yo?— ¡celtas!'

Ahora bien, no hay que ser celta, claro está, para ser sensible a una poetisa tan universal como Rosalía, y, en todo caso, admitámoslo, ser celta no es, étnicamente, nada sencillo. Pero hay una parte de verdad en lo que dijo el aragonés, porque sea cosa de raza, de herencia genética, o, más sencillamente, que resulte de las muchas semejanzas circunstanciales entre los países llamados celtas, no cabe duda de que existe lo que podría llamarse una sensibilidad céltica. Leyendo *En las orillas del Sar* me resaltaron muy pronto las semejanzas entre Galicia y Gales, como por ejemplo en la topografía (montañas, mares, estuarios, verdor), en la demografía (minifundios, pobreza, emigración), y sobre todo en el clima: ¡llueve tanto en estos litorales atlánticos que en Gales dicen que los nativos se reconocen por los pies palmeados! Sin embargo, en cuanto a la correspondencia en la sensibilidad, no la sentí al principio sino de manera inconsciente, y no fue hasta que leí los versos en gallego de Rosalía que me di cuenta de su rigor. En las campanas de Bastabales, en los *airiños da sua terra*, en casi todos los poemas 'escritos n'ó deserto de Castilla', descubrí a una poetisa que estaba *preñada de soidás*, que se moría de saudade. Este concepto sintetizador de la saudade me reveló de un golpe y de pies a cabeza toda la íntima correspondencia entre las sensibilidades gallega y galesa, porque entendí que la saudade no era otra cosa que lo que los galeses llamamos *hiraeth*, el sentimiento domi-

nante y perenne de la cultura galesa. No había leído esta palabra *saudade* en *En las orillas del Sar* porque no existe en castellano, igual que no existe *hiraeth* en inglés; pero entendí que la *saudade* era la clave del volumen último de Rosalía igual que *hiraeth* es la clave de tantos libros escritos en inglés por galeses. También entendí por qué había reaccionado yo tan fuerte a *En las orillas del Sar*, y cómo, de estudiante, lo había comprendido sensiblemente en medio de mi plena ignorancia. Hoy quisiera corresponder a esta experiencia gallega, tan deleitosa para mí, y, por medio de algunos ejemplos traducidos del galés o del inglés escrito por galeses, quisiera ofrecer, primero, un espejo de la *saudade/hiraeth* y, luego, una breve interpretación de lo que pueda significar este tema psicológicamente en la obra de Rosalía.

Conviene subrayar, antes de nada, que el concepto emocional llamado *hiraeth* es tan múltiple y tiene tantos tentáculos en la cultura galesa como lo es y los tiene *saudade* en la gallega. Y aquí no puedo dar más que una idea de su extensión. Esta se nos revela hasta en las definiciones más sencillas: '¿Qué es *hiraeth*?', se pregunta John Owen, un clérigo galés del siglo diecinueve; y contesta, 'es un sentido de haber perdido algo que uno tenía antes, algo que ya no es suyo' (1). Muy bien, y muy sencillo, pero desde ahí entramos en la espesura ya que hay tantas cosas que uno puede perder, tantas maneras de perderlas, e, implícitamente, tantas maneras de suspirar por ellas, es decir, tantas gradaciones y manifestaciones de la *saudade*. Unas de las cosas perdidas y anheladas serán muy sencillas y tangibles, mientras otras serán casi imposibles de definir, como en el caso rosaliano, 'Yo no sé lo que busco, pero es algo / que perdí', donde parece que la cosa perdida y buscada es desconocida u olvidada. No obstante, reconocemos que la *saudade/hiraeth* radica en este sentido de haber perdido algo, de estar separado de algo, y abarca el sentido de querer recobrarlo; además, aunque las cosas perdidas y anheladas sean estrictamente infinitas, en la práctica tienden a reunirse en torno a ciertos temas predilectos —los de más apego emocional— como se comprueba en la concordancia entre los temas predilectos de los galeses y los gallegos. Vamos a examinar algunos, siguiendo un esquema que nos lleva desde los más hasta los menos tangibles.

Para los galeses así como para los gallegos el tema de apego emocional más tangible es el de la patria, el sentirse separado de la patria, o, específicamente del lugar o *currunchu* donde uno nació. Esto es endémico y afecta a todos los galeses —muy malos viajeros— desde los pobres que se marcharon, por ejemplo, de mineros a Pennsylvania o de labradores a Patagonia, hasta los más eminentes como Lloyd George que llegó a ser primer ministro de Gran Bretaña a principios de este siglo y siempre se quejaba de sus ataques de *hiraeth* en cartas que escribía desde Londres a su mujer, una mujer que insistía en quedarse en Gales. Sin duda Lloyd George conocía el verso tradicional galés que dice: 'En Londres hay hombres sabios, en Londres hay toda especie de gozo, en Londres hay cura para toda enfermedad, menos la *saudade*' (2). Este dolor

(1) De un sermón llamado 'La *saudade* de Dios' en Williams Morris, *Pregethau'r Dr John Owen*, Llyfrau'r Cyfundeb, 1957.

(2) Véase *Hen Benillion*, Gwasg Gomer, 1940, p. 124.

agudo que resulta de la ausencia de la patria ocasiona muchos poemas sentidos y muchas imágenes impresionantes, como en el caso del poeta que maldice las montañas que no le dejan ver la parte de Gales donde nació. Este verso, compuesto como muchos para ser acompañado con el arpa, dice: '¡Ojalá que las montañas que esconden a Merioneth estuvieran bajo el mar! ¡Ojalá que la pudiera ver una vez más antes de que me quiebre el corazón!' (3). Otro poeta, Harri Jones, se sintió burlado en Londres, cosa muy frecuente ya que es costumbre inglesa imitar el acento galés por ser demasiado cantarín o mofarse de la actitud poco práctica de los galeses. En un poema titulado 'Estar en las nubes' Jones dice que tienen razón todos los ingleses que le acusan de estar en las nubes porque, realmente, aunque vive en Londres, siempre está espiritualmente andando por las montañas de su tierra, montañas que siempre están cubiertas de nubes bajas (4). Otro ejemplo visual de esta especie de saudade se encuentra en un poema reciente de John Ormond titulado 'Elegía por una pierna'. Cuenta la historia de un hombre que había sufrido la amputación de una pierna, refiriéndose a una piedra conmemorativa en su aldea natal en la que se lee: 'Aquí yace la pierna izquierda de Henry Hughes, tonelero, enterrada el día 18 de julio de 1756'. Según parece, después del entierro el tonelero se había marchado con su mejor y única pierna a América, y el poeta Ormond sigue narrando, hablando por parte del tonelero:

Allí con mis dos manos fieles trabajé
con ahinco, y, con el tiempo, tuve éxito,
aunque no dejé de añorar Pontrhydfendigaid.
A veces, cuando ebrio, gritaba yo de repente,
lleno de saudade, al recordar la pierna
que se me quedaba atrás cerca del tejo
en el suelo pobre de Ystrad Fflur... (5)

Aunque humorístico, este es un ejemplo radical de separación y de pérdida; pero, generalmente, la ausencia de la patria ocasiona poemas más líricos, sobre todo cuando evocan la naturaleza. La naturaleza, tan querida por los galeses: dice un verso tradicional que el sol se levanta en Inglaterra sólo para despertar a la naturaleza en Gales (6). El amor a la patria se expresa por la naturaleza: típico es el sentimiento de una mujer que añoraba estar metida otra vez hasta las rodillas en el brezo morado de las colinas cerca de su aldea, para escuchar allí el estrépito de las cascadas y el estruendo del viento cuando levanta las olas espumosas y las rompe contra las rocas. Montañas y mar: mezcla poderosa, ya que, como dice Williams Parry, 'Hay saudade en el mar y hay saudade en las montañas donde se anda sin rumbo' (7). Otra mujer, Grace Roberts, echaba de menos el rumor del riachuelo que corría cerca de su casa natal, diciendo que el agua había ido cantando por toda su vida desde los días en que su música se

(3) Véase J. T. Jones, *Penillion Telyn*, Hughes a'i Fab, sin fecha, p. 25.

(4) T. Harri Jones, *Collected Poems*, Gwasg Gomer, 1977, p. 129.

(5) John Ormond, *Definition of a Waterfall*, Oxford University Press, 1973, p. 42.

(6) Véase Anne Beale, *Gladys of Harlech*, vol. III, London, 1858, pp. 288-9.

(7) R. Williams Parry, *Yr Haf a Cherddi Eraill*, Gwasg y Bala, 1924, p. 44.

mezclaba con las cadencias de las nanas que su madre le cantaba (8). En *hiraeth*, como en la saudade gallega, entonces, la ausencia de la patria se asocia íntimamente con la pérdida de la juventud. Un ejemplo supremo de esto se encuentra en el más famoso poeta galés moderno, Dylan Thomas, quien escribió en inglés, siendo la añoranza de sus días infantiles su tema central. Un poema suyo, 'La colina de helechos', trata de los veranos que pasaba de niño en una granja en el oeste de Gales, y recuerda muchísimo la evocación rosaliana de 'aquellos días hermosos y brillantes' cuando era '(P)uro el aire, la luz sonrosada'. Por ser muy difícil su técnica, Thomas no se traduce bien, pero 'La colina de helechos' empieza algo así:

Entonces, cuando yo era joven y alegre,
 bajo los manzanos y por la casa cantante,
 tan alegre como eran verdes las hierbas
 y estrellada la noche encima del valle,
 el Tiempo me dejó saludar y subir
 dorado en la cosecha de sus ojos,
 y honrado entre los carros yo era príncipe de los pueblos de la
 /manzana,
 y una vez, érase, hice que los árboles y las hojas
 se sembraran con margaritas y centeno
 y bajaran por los ríos donde la luz caía en frutas (9).

Tal es la mágica evocación, o, mejor dicho, invocación de la juventud en Thomas. Es mágica no sólo porque las palabras originales hechizan sino también porque parecen recobrar momentáneamente ese estado mágico de inocencia física que todos conocimos una vez. En los ojos de niño de Thomas la naturaleza está viva, y además, como en Rosalía, tiene voz: mientras las plantas le hablaban a ella, Thomas se refiere a 'las colinas de voz alta de Gales que tienen lenguas de araña', a 'los pájaros de vocales oscuras' y a las voces de playas y de robles (10). Con este fenómeno de poder articularse la naturaleza estamos al borde de lo supersticioso, y aquí pasamos casi imperceptiblemente de la evocación de la juventud a la evocación del mundo remoto y nebuloso de los celtas y druidas, siendo los dos temas psicológicamente uno con respecto a la magia. Poéticamente, esta saudade del pasado mítico ofrece al poeta la oportunidad de cogerse de la mano de sus antepasados y de cantar con ellos la canción más antigua de la patria. No faltan alusiones de este tipo en *En las orillas del Sar* donde Rosalía habla de 'las blancas fantasmas / que en otro tiempo adoramos', de 'los genios misteriosos' que llaman a los expatriados, de la luna a quien 'un día el celta vigoroso / (te) envió sus oraciones', y, sobre todo, de los árboles, como 'la sacra encima del celta' o los robles

(8) Grace Roberts, *Lowri*, Brython Press, 1958, pp. 7-8.

(9) Véase Dylan Thomas, *Collected Poems*, New Directions, New York, 1957, p. 178.

(10) *Ibid.*, pp. 19-20.

cuyos troncos
de arrugas llenos, monstruos semejaban
de ceño adusto y de mirada torva
que hacen pensar en ignorados mundos.

Desde luego, en la cultura galesa abundan los mitos y, asimismo, el sentimiento mítico. El libro tradicional más célebre en galés, los *Mabinogi*, es una compilación de las hazañas heroicas y legendarias de los hijos de la patria. Aun hoy muchos galeses bautizan a sus hijos con los nombres precristianos de estos personajes, como en el caso de Dylan Thomas: *Dylan* quiere decir 'ola del mar'. En cuanto al sentimiento mítico que aun persiste, un ejemplo que hace el caso es el conocido poema galés, 'Recordando', por Waldo Williams, el cual recuerda mucho los 'ignorados mundos' en que Rosalía pensaba. En 'Recordando' el poeta medita en 'los hechos pasados de la historia humana', en 'las leyendas que, hace siglos, se derramaron', y hasta en 'los dioses a quienes ya no conoce nadie'. El poema termina:

Muchas veces, en la tarde, cuando estoy solo,
me viene una saudade de conoceros a cada uno:
¿no hay nada que os guarde en el corazón o en la memoria
bienes olvidados de la familia humana? (11)

Esta orientación patológica de los galeses hacia el pasado es resumida muy bien por el respetado poeta moderno, R.S. Thomas, un poeta muy severo que en su 'Paisaje galés' escribe:

No se puede vivir en el presente,
al menos, no en Gales...
Vivir en Gales es estar consciente
al anochecer de la sangre derramada
que hizo el cielo salvaje
y tiñó los ríos inmaculados
en todos sus cursos...
No hay presente en Gales,
futuro tampoco;
no hay más que el pasado,
quebradizo con sus reliquias,
torres mordidas por el viento
y castillos con fantasmas fingidos... (12)

No sorprende que este segundo Thomas, clérigo de oficio, adopte una actitud irónica con respecto a lo nostálgico supersticioso, ya se sabe, como sabía Rosalía también, que esto contradice su fe; sin embargo, como vemos, el poeta no puede menos de reconocer el poder de esta contra-fe residual. En breve, hay en la cultura galesa una doble saudade religiosa, la de los himnos ortodoxos en que se aspira a reu-

(11) Waldo Williams, 'Cofio', en *Poetry of Wales*, ed. R. Gerallt Jones, Gwasg Gomer, 1974, pp. 200-1.

(12) R. S. Thomas, *Song at the Year's Turning*, Rupert Hart-Davis, 1960, p. 63.

nirse con Dios, y la de la tradición pagana en que se aspira al paraíso céltico, llamado *Afallon*, donde no hay muerte ni pecado. Finalmente, teniendo en cuenta que hace poco nos referimos a los árboles en Rosalía, —los bosques que según ella ‘fueron siempre / de predilecto amor’ a nuestros padres, ‘lugares santos / que todos respetaron’— notemos brevemente que hay ejemplos en galés de la misma mutilación de lo sagrado. Un poeta anónimo del siglo dieciséis lamentó la destrucción de un bosque amado, diciendo con enojo: ‘Habría sido mejor que fueran ahorcados los ingleses y echados al fondo del mar donde mantener sus casas en las torturas del infierno, y que no hubieran cortado los árboles de Glyn Cynon’. El poema termina: ‘Insisto en que los culpables sean juzgados por los pájaros honrados, y pido al búho para que sea su verdugo. Si alguien pregunta quién compuso esta canción de lamento, dígame que era un hombre que una vez citó a su amor en los bosques de Cynon’ (13). Aquí, como vemos, hemos pasado casi imperceptiblemente otra vez de la saudade mítico-pagana a la saudade amorosa, aunque, otra vez, psicológicamente, los dos temas son uno en el aspecto de que son ilícitos. Claro que este tema amoroso es muy notable en el contexto de la saudade galesa, pero tan común que parece superfluo ejemplificarlo. Quizá nos bastaría saber que el poeta más célebre de los que escribieron en galés, Dafydd ap Gwilym, un poeta del siglo catorce que se describió como ‘una aparición llena de saudade’, era, en efecto, un poeta al estilo trovadoresco que cantaba su saudade a más de una dama bella. Evidentemente, en este contexto de la saudade personal no estamos lejos de otra manifestación muy importante y común en galés, la saudade de los muertos. Pero, llegado a este punto, sería más propicio terminar la proliferación de nuestro análisis, por incompleto que sea, y buscar síntesis, una síntesis pertinente a Rosalía.

Todo lo que he dicho de la saudade galesa, *hiraeth*, y mucho más que no he tenido tiempo de comentar, está presente en Rosalía en su obra maestra, *En las orillas del Sar*. Es la proliferación de estos varios tipos de saudade que hace la obra tan compleja y, a la vez, tan íntegra psicológicamente, ya que todos son componentes de la misma sensibilidad, o sea, de la misma neurosis. Esta neurosis, este proceso mental de entremezclar imperceptiblemente los componentes penosos de su saudade, se anuncia en la segunda estrofa de ‘En las orillas del Sar’ donde la poetisa se describe como aprisionada ‘en el rudo vaivén que sin tregua / se agitan mis pensamientos’. Pero, ¿cuál es el punto unificante de este vaivén?, ¿cuál es la raíz psicológica de la saudade? Bueno, en pocas palabras, sabemos que, aunque empieza y se manifiesta más concretamente en el amor a la patria, tenemos que buscar más allá de este fenómeno para descubrir su raíz. Rosalía se sintió *estranxeira n’a sua patria y cual si en suelo extranjero se hallase* aun en Galicia, de modo que esta saudade patriótica, aunque importante, no es sino una proyección sintomática de algo más profundo. La tierra, como hemos visto, es esencialmente la naturaleza, y Rosalía pierde a su tierra aun cuando la tiene ante sus ojos porque ya no responde como antes a la na-

(13) Véase *Y Flodeugerdd Gymraeg*, ed. W. J. Gryfydd, University of Wales Press, 1931, pp. 144-5.

turalaleza. Esta, por tanto, representa un estado de plenitud que experimentó en su juventud, un ideal paradisíaco que conoció antes y que quiere recobrar de nuevo. Desgraciadamente, esta plenitud está tan muerta y enterrada como la pierna del buen tonelero. Además, con la pérdida de la naturaleza y de la juventud ha perdido también su fe sencilla y sus ilusiones amorosas. Esta pérdida múltiple compone el rudo vaivén en que se agitan sus pensamientos, y hay vaivén porque todos los componentes están estrechamente relacionados.

Primeramente, hay un conflicto irreconciliable entre la naturaleza, percibida de manera céltica y pagana, y la fe cristiana. La tierra de Galicia fue su paraíso, sí, pero un paraíso mágico, visible, amoral, sin sentido de pecado, totalmente distinto del paraíso abstracto, racional y, sobre todo, moral que la religión adulta de la iglesia le impone a ella. Como vemos en el poema de los piños, Rosalía quiere convertirse 'en pájaro o fuente, / en árbol o en roca', es decir, quiere volver a la naturaleza y sumergirse en su anonimidad amoral. Por otra parte, no está tan cómoda meditando en la grandeza de un Dios, al que *nunca ve*, y la sublimación de su ansiedad religiosa por medio del arte en 'Santa Escolástica' es, psicológicamente, poco convincente. Es verdad que se consuela con *el cruento martirio de Jesús*, pero esto es más bien una empatía masoquista y nos recuerda el hecho señalado de que en la fe adulta hay que sufrir y aun morirse para llegar al paraíso, mientras en la otra, juvenil y mítica, el paraíso ya está, al alcance de la mano, y parece que las rocas y las fuentes no mueren nunca. Asimismo, en segundo lugar, Rosalía se siente separada de la iglesia por su sentimiento amoroso, o sea, por su pasión instintiva, de la cual deriva un sentido de culpabilidad y de inmerecimiento. La intransigencia de estas fuerzas irreconciliables aparece en la primera estrofa de 'En las orillas del Sar' donde el paisaje representa metafóricamente todo el estado psíquico de separación y dislocación en Rosalía:

A través del follaje perenne
que oír deja rumores extraños,
y entre un mar de ondulante verdura,
amorosa mansión de los pájaros,
desde mis ventanas veo
el tempo que quise tanto.

La verdura que separa a Rosalía de su templo es una verdura mágico-pagana, llena de 'rumores extraños', y es a la vez erótica e ilícita, 'amorosa mansión de los pájaros', dos puntos que se desarrollarán en el poema más tarde. Rosalía no puede cruzar esta divisoria verde y llegar a la casa de la moralidad, pero, desafortunadamente, tampoco puede gozar ya del amoral follaje perenne. De ahí su perplejidad:

Yo no sé lo que busco eternamente
en la tierra, en el aire y en el cielo

donde los tres componentes, tierra, aire y cielo, lejos de ser palabras vagas, bien pueden representar respectivamente las tres fuerzas claves, intransigentes e irreconciliables en Rosalía, a saber, naturaleza, amor y religión.

Tiene saudades de las tres, y más de tres; pero, sobre todo, tiene saudades de un día cuando no estaban separadas y dislocadas en su mente, cuando fe, amor y verdor eran uno, cuando ella no estaba dividida en tres o más, sino íntegra (14). Y aquí vemos lo universal en Rosalía y en el espíritu de la saudade: Freud dijo que todos somos neuróticos, es decir, todos hemos perdido nuestro paraíso infantil y todos anhelamos recobrarlo íntegramente. Nos hemos vuelto todos neuróticos, según Freud, en el proceso adulto inevitable de reprimir nuestros seres instintivos, y quizá, en el fondo, la saudade no es sino la memoria y el anhelo de una época dorada cuando todavía no estaban reprimidos (15). Los hay que dicen que los celtas son una raza que invita la melancolía, pero quizá sería más justo decir que son una raza de buenísima memoria y por eso no pueden fácilmente reprimirse. Rosalía recuerda y echa de menos su estado de plenitud íntegra tan bien como el tonelero recuerda y echa de menos su pierna izquierda.

(14) Se desarrolla este tema de la estructura de la saudade en mi artículo 'Saudades as Structure in Rosalía de Castro's *En las orillas del Sar*', *Hispanic Journal*, V, otoño, 1983, pp. 29-41.

(15) Una interpretación más amplia de la significación psicológica de la saudade se ofrece en el capítulo sobre Rosalía en mi libro de próxima aparición, *From Romanticism to Surrealism: Seven Spanish Poets*, University of Wales Press